

partidarios del Libertador, comprendiendo que si la Convención llegaba á reunirse no sólo fracasaban sus proyectos políticos, sino que su misma autoridad corría gran peligro, empezaron desde luego una gran agitación en contra de toda modificación constitucional y de la reunión de la Convención de Ocaña, no vacilando en comprometer el ejército en este movimiento á condición de hacerlo triunfar.

Si con la gritería y las amenazas no se consiguió impedir la reunión en el día fijado, —9 de Abril de 1828,—se consiguió, sí, que muchos diputados dejaran de presentarse en Ocaña, presentándose solo sesenta y cuatro de ciento ocho que debían reunirse; pero aun así y todo estaban en gran mayoría los adversarios de Bolívar.

Aun cuando los federalistas ó los santanderinos sacrificaron gran parte de sus ideales al deseo de una conciliación, y pasaron por lo de crear un gobierno fuerte, salvo prevenirse contra el dictador, los partidarios de éste se negaron á todo acomodamiento; mas como eran minoría y no quisieran someterse, los diputados bolivianos que eran diez se retiraron del Congreso y de Ocaña, dejando así á la Convención sin el número necesario para poder tomar acuerdos,—10 de Junio.

Que esta retirada era el resultado de una conspiración lo prueba que el día 13 de Junio mismo el intendente Herran se pronunciaba en la capital negando toda obediencia á la Convención, llamando á Bolívar á Bogotá para que salvara el país, á lo cual se mostró éste tan dispuesto que ya el 16 del mismo mes acudió á donde el pueblo le llamaba, haciendo en efecto su entrada en Bogotá el 24 de Junio, en cuyo día se apoderó sin ceremonia del poder supremo para salvar, como se dice siempre en estos casos, al país de la anarquía. Suspendió la constitución que reemplazó por un decreto orgánico que debía estar en vigor hasta 1830, suspendió á Santander en sus funciones; amordazó la prensa; extendió el círculo de las atribuciones de los consejos de guerra, y desterró á sus principales enemigos, entre ellos á Martín Tovar que en vano pidió que se le oyerá delante de los tribunales.

Inaugurada una situación de fuerza, pronto se organizó una conspiración para colocar al frente de la República al almirante Padilla, á quien Bolívar tenía encarcelado desde Enero, en cuya fecha se había pronunciado con mal éxito contra su dictadura.

Estalló la conspiración el día 25 de Setiembre, y Bolívar pudo escapar á los conjurados, saltando por una ventana de su palacio al ser asaltado, corriendo á esconderse debajo un puente, de donde fué á sa-

carlo el general Córdova, el vencedor de Ayacucho con un batallón.

Bolívar esta vez no perdonó, y el mismo Padilla fué fusilado. Igual suerte hubiera sufrido Santander, á quien se involucró en la conspiración si los ministros no hubiesen impuesto á Bolívar la clemencia, conmutándosele la pena de muerte por la de destierro.

Creyó Bolívar con esto haber terrorizado el país, y como ya estimara segura su autoridad, se arrancó la máscara el fingido liberal y demócrata, y publicó su famoso decreto de 20 de Octubre, por el cual suprimía «las cátedras de legislación universal, de derecho político, de derecho constitucional y de arte administrativo, reemplazándolas con otras que debían defender la historia de la religión católica y romana y sus bases. Dió una más grande extinción á los programas de los cursos públicos sobre el derecho civil y canónico; ordenó el estudio de la moral y del derecho natural, recomendó el de la lengua latina como necesario al conocimiento de la religión y de la literatura, y en fin, prohibió en los seminarios, consagrados á la educación de la juventud, el empleo de las obras de Bentham, su antiguo y venerado amigo.»

En el Perú se había elevado á la presidencia al general Lamar que había dado el grito en Guayaquil. Lamar comprendía perfectamente, que la seguridad del Perú dependía de que los colombianos abandonaran la Bolivia, á cuyo fin, á la vez que enviaba un cuerpo de tropas á observar la frontera del Norte, enviaba al general Gamarra con otros cuerpos de ejército á la frontera de Bolivia, con instrucciones precisas sobre lo que Gamarra debía hacer desde su puesto de observación político militar.

Gamarra principió su campaña corrompiendo la disciplina de los colombianos, y cuando ya ésta no existía, pues á la insubordinación de tales fuerzas, sucedían las de otros puntos, Gamarra con el pretexto de acudir en socorro de Sucre, penetró en Bolivia, derrotó á los generales que se le opusieron, y en Piquiza,—Junio,—arrancaba al general Urdinenea el tratado por el cual debían los colombianos, incluso Sucre, abandonar el país.

Si era ó no efímera la obra de Bolívar en la misma Bolivia, dígalo la prisa que se dió el nuevo Congreso en abolir la famosa constitución boliviana, que el dictador se esforzaba en imponer á todos los Estados.

Claro está que al enterarse Bolívar de lo pasado, ardiendo en ira se apresuró á declarar la guerra al Perú,—3 de Julio,—pero Lamar no se arredró y se

previno abriendo la campaña contra el Guayaquil, para donde salió la escuadra peruana al mando de Guise. Si Lamar se hubiese apresurado, es seguro que Guayaquil cae en su poder antes de la llegada de Sucre, pero se dió tiempo á éste para acudir, y en Tarqui el día 26 de Febrero de 1829 derrotaba á Lamar, imponiéndole el tratado de Giron, por el cual se comprometía á evacuar el Guayaquil. Pero los peruanos no quisieron pasar por lo pactado, y fué preciso que Bolívar en persona viniera á reclamar el Guayaquil, cuya posesión disputó á Lamar bajo sus muros con éxito, de modo que el pueblo viendo vencido á su presidente y no queriendo en modo alguno cumplir el tratado de Giron, elevó á la presidencia á Lafuente,—6 de Julio,—pero ínterin ocurría esta revolución, Bolívar se apoderaba del Guayaquil, de modo que Lafuente hubo de considerarse dichoso al ver que el jefe colombiano, abandonando toda idea de influencia en el Perú, le ofrecía la paz, que Lamar se apresuró aceptar, ya que implicaba por parte de Bolívar, la renuncia oficial á toda influencia sobre el Perú.

Ahora Bolívar se entregó por completo á sus lucubraciones monárquico-reaccionarias. Para el dictador como para sus hechuras, Urdaneta, Restrepo,—el historiador,—Vergara, Pedro Braciño y otros era evidente que el país no podía salvarse sino mediando la monarquía templada, pero tampoco veían esta viable si no se ponía bajo la protección de dos grandes potencias, consultando al efecto sus ministros á los agentes francés é inglés, á quienes no dejó de sorprender la consulta,—3 de Setiembre de 1827.

Compréndase que ahora Bolívar se movía en favor de una restauración monárquica más bien por despecho que por propias convicciones, pues lo que él quería ahora, era acabar con los republicanos, y ese odio implacable, esa sed de venganzas, ese malestar moral fueron labrando tan hondo en su pecho y de una manera tan grave, que para los médicos y para los amigos se llegó á temer una catástrofe inminente.

Este estado mórbido se agravaba con los continuos asaltos que á su autoridad se daban. Ahora era el héroe de Ayacucho el que se sublevaba y se hacía derrotar, cayendo mortalmente herido. El triunfo de O'Leary no satisfizo al dictador á quien no se le ocultaba que una gran parte del país le sufría, pero no le amaba.

Lleno de inquietud y de zozobra, buscando una situación estable y definitiva sin poder encontrarla desde el día que expulsó á Laserna del Perú, acudió

ahora al antiguo medio de agitar al país para que le diera la respuesta que no quiso oír en Ocaña, esto es, para que el país se pronunciara sobre su suerte.

Bolívar estaba aún tan infatuado que no podía imaginar como hubiera quien se atreviera á resistir sus halagos ó sus prestigios; así desoyó los consejos de sus ministros cuando éstos le previnieron que lo que iba ahora á hacer era revolucionar de nuevo al país: esto no quería concederlo Bolívar para quien era indudable que el país no podía querer sino lo que él quería.

Contaba Bolívar, claro está, con dirigir la agitación política, y en efecto, de momento pareció que el país se declaraba por la monarquía. Pero en Valencia se dió el grito de ¡viva Venezuela y abajo la monarquía! y desde este momento ya no podía dudarse sobre cual iba á ser el resultado de la agitación política creada por Bolívar para cimentar su autoridad.

En Caracas fué el jefe de policía Arrimendi quien el día 24 de Noviembre, levantaba la ciudad contra el dictador. Durante dos días se discutió por el pueblo y los notables reunidos en la iglesia de San Pedro, la manera de emanciparse del despotismo de su propio hijo, acabando por celebrar el 26 de Noviembre la acta, por la cual se declaraba la independencia de Venezuela, movimiento que favoreció el comodoro inglés enviando sus buques de un lado á otro, pues para los ingleses, lo de la monarquía bajo la protección de dos grandes potencias, era solo un medio para dar al país un príncipe francés, á lo cual naturalmente debía oponerse resueltamente Inglaterra. Así aun cuando Paez se mantuvo por Bolívar, dejó hacer. El llanero hizo más, escribió el 8 de Diciembre á su amigo diciéndole que en su opinión era inevitable la separación de Venezuela. En efecto, á primeros de Enero de 1830, no quedaba ya un solo pueblo que no hubiese proclamado la autonomía de Venezuela. Paez mismo no pudo resistir la atracción, y se puso á la cabeza del país, organizó su gobierno,—13 de Enero,—y se dispuso para hacer la guerra á Bolívar, caso que éste quisiera someter á su propia patria por las armas.

Bolívar acudió al Congreso de Bogotá y le ofreció su dimisión. El Congreso se negó á aceptársela, porque creía que como la otra vez bastaría que Bolívar se acercase á su país natal para que el orden se restableciera. Tal vez Bolívar mismo lo creyó, ello es que principió á reunir tropas para someter á sus compatriotas, pero bien pronto renunció á toda idea de guerra, al ver la resolución formal de Paez de resistir la fuerza con la fuerza.

Discutióse entonces en el Congreso la conveniencia de dejar que Venezuela se constituyera en estado independiente, pero la mayoría de los diputados se empeñó en creer que sería posible una inteligencia bajo la base de un gobierno liberal y se estudió una nueva constitución destinada á dar toda clase de garantías contra todo proyecto de restauración monárquica.

Pero ya las cosas no iban por este lado, y la misma provincia de Casanare se levantó pidiendo su unión con Venezuela, mientras del otro lado, Guayaquil, Asuai y Quito se entendían para constituirse en estado independiente, en república del Ecuador.

Era, pues, completa la descomposición de Colombia; la impotencia de Bolívar absoluta, llegando á ser un estorbo; así lo comprendió y presentó su dimisión que le aceptó el Congreso.

Ahora para Colombia de lo que debía tratarse era de ver como se repartían las cargas públicas en el momento de la separación, á lo que los venezolanos declararon que por su parte estaban dispuestos á encargarse de la parte de deuda y demás que les correspondiera, pero negándose á tratar de estos asuntos ínterin Bolívar no saliera de Colombia.

Fuéle, pues, preciso al gran ambicioso tomar el camino del destierro provisto de una pensión anual de treinta mil pesos y salió para Cartagena.

Sus amigos habían, sin embargo, resuelto intentar un último esfuerzo para conservarlo. Organizóse su pronunciamiento, estalló, triunfó, se apoderó de Bogotá, Bolívar escribió declarándose dispuesto á salvar la patria, á sacrificarse, pero este pronunciamiento sólo sirvió para que la provincia de Casanare se uniera definitivamente á Venezuela, y para que otras provincias y ciudades se unieran al Ecuador. La disolución de la Colombia era un hecho, y esta disolución pudo presenciar Bolívar antes de morir, pues la muerte no vino para él hasta el día 17 de Diciembre, falleciendo en la quinta de San Pedro

cerca de Cartagena á donde había marchado al salir para el ostracismo.

Sucre murió al año siguiente vilmente asesinado. Así desaparecieron los héroes de la independencia de América.

¿Debemos ahora que conocemos la entera carrera de Bolívar insistir sobre el insensato paralelo que todavía se hace entre él y Washington? ¿Qué hay de común entre el gran patriota norte-americano y el colombiano? Nada en absoluto. Washington es el hombre esclavo de la ley. Cuando la Convención de Filadelfia termina su obra y le pone á su cabeza para ensayarla, Washington no cree en su viabilidad, lo hace público; pero hombre de honor se consagra al cuidado de lo que se le confía y la constitución de Filadelfia aun vive. Bolívar es el hombre que levantó el país contra la Convención de Ocaña que había de serle contraria y la disuelve.

Washington era un realista convencido, ¿pero cuando trabajó contra sus conciudadanos, republicanos no menos convencidos? Bolívar hubiera hecho la monarquía si hubiese podido.

Déjese, pues, el paralelo y entonces será posible admirar en Bolívar al hombre en quien jamás faltó la fe en la independencia de América; al hombre á quien, como á Washington, jamás abatieron los reveses; al hombre que creyó posible organizar un gran estado, una gran confederación con pocos medios, y que llegó á ver coronada su obra, comprometida tal vez, sólo por los excesos de su ambición, y entonces es cuando podremos olvidar en Bolívar al hombre corrompido y corruptor, al hombre dispuesto á sacrificarlo todo á su ambición, al hombre que reniega de la libertad y de la democracia cuando se le ponen de manifiesto sus atentados liberticidas, al hombre que no sabe morir en el destierro como un héroe, y que fallece esperando en Cartagena el triunfo del pronunciamiento que le ha de devolver el prestigio que ha perdido.



## CAPITULO LIV

### BRASIL Y PORTUGAL

Independencia del Brasil.—El imperio brasileño bajo don Pedro I.—Contrarrevolución en Portugal.—Lucha entre los partidos reaccionarios.—Historia constitucional del Brasil.—Arreglo definitivo entre el Brasil y Portugal.—Acta final del arreglo definitivo de los asuntos pendientes entre América y Europa.—Orden de sucesión en Portugal.—Independencia del Uruguay.

**CONTINUABA** en el Brasil la monarquía como escollo en medio del Océano, y demostraba una robustez que para muchos era incomprensible, cuando nada tan fácil como puntualizar las causas á las cuales se debía que pudiera el Brasil mantenerse libre del contagio revolucionario y anárquico.

Recuérdese que al generalizarse el movimiento revolucionario americano, las colonias insurrectas propusieron á España una unión, bajo la base de la autonomía colonial, y bajo los príncipes de la casa de Borbón, y que estas condiciones que hubieran satisfecho á los revolucionarios que tan pocas simpatías tenían por la república, estaban de hecho cumplidas en el Brasil, en donde de hecho existía su autonomía bajo el gobierno del infante Pedro. Por esto, pues, fué posible que el Brasil se mantuviera quieto y monárquico, pues de otra suerte los republicanos de Pernambuco se hubieran bastado para arrastrar al país á la revolución.

Como para el rey Juan era evidente esta situación, nada tampoco le parecía tan cierto como la emancipación del Brasil, por el mero influjo de la revolución americana; de aquí que tanto aconsejara

á su hijo Pedro que vigilara para salvar la monarquía y los derechos de la familia.

Pedro estaba, en verdad, poco menos que decidido á salvar la monarquía en el Brasil á expensas de Portugal, pero en el Brasil había un fuerte partido portugués y éste no dejaba de acosar al príncipe, para que se reanudase el antiguo estado de cosas.

Como los manejos de este partido eran conocidos, los federalistas ó nacionalistas se agitaban á su vez y vigilaban al príncipe cuyas tendencias absolutistas eran para ellos un peligro, tanto que no sin verdadera presión pudieron conseguir de él que proclamase la Constitución portuguesa.

Llevo, pues, adelante la situación, aunque no sin trabajo, y nada hubieran conseguido los partidos revolucionarios si las Cortes portuguesas, mal aconsejadas, no se hubiesen puesto á legislar sobre el Brasil con el propósito deliberado de destruir la unidad política que allí se había creado.

Al efecto principiaron por declarar que las diferentes provincias brasileñas nada tenían que ver entre sí y que cada una de ellas se entendería directamente con la metrópoli. El juego era demasiado